

**LA INSUMISIÓN
Y OTROS TEXTOS**

Leon Tolstoi



**Fundación de Estudios Libertarios
Anselmo Lorenzo**

PRESENTACIÓN

El texto de Leon Tolstoi que publicamos como folleto (*El Poder. La insumisión*) en la presente edición, es una aguda reflexión sobre los pros y los contras de la **insumisión**, esto es, sobre la negativa a someterse al Estado y servirlo con las armas. Tras el balance de ventajas e inconvenientes de la **insumisión**, lo que el autor nos muestra certeramente en la relación que el tema guarda respecto a la misión y existencia del Estado, por donde lo que se acaba poniendo en tela de juicio es la legitimación y necesidad misma del Estado como tal, tanto en su calidad de usurpador de la capacidad de decisión de las gentes como en tanto que confiscador de la libertad.

En el pensamiento de Tolstoi la **insumisión** va unida a la no violencia. Del otro lado se erige el Estado, la encarnación más poderosa de la violencia entronizada y legalizada.

Las enseñanzas del escritor ruso van a tener un amplio eco en su inmediata posteridad, y el más aventajado de sus discípulos, Mohandas Gandhi, logrará liberar a la India de su condición de colonia del Imperio Británico apelando a la no violencia libertaria. En efecto, con la no violencia se ataca el corazón del Estado, único administrador y monopolizador de la violencia institucional y social. De ahí la proyección libertaria de la no violencia, su carácter anárquico.

© 1993 para esta edición:

Fundación de Estudios Libertarios
Anselmo Lorenzo.
Paseo de Alberto Palacios, 2.
28021 Villaverde Alto, Madrid.
Teléfono: 7970424.

Diagramación y distribución:

«Madre Tierra» Nossa y J. Editores.
Parque Vosa, 12, bajo.
28933 Móstoles, Madrid.
Teléfono: 6143808.

I.S.B.N.: 84-86864-12-7
Depósito legal: BI-2667-93
Impreso en:

Imprenta Luna
Muelle de la Merced, 3, 2º.
48003 Bilbao
Telf./Fax: 94-416 75 18

Para Tolstoi, la **insumisión** libertaria formaba parte y era consecuencia de su concepción de la vida. La búsqueda de la fraternidad adquiere la forma religiosa, trasciende el marco social e histórico y se hace metafísica. Pero también se trata de un sentimiento religioso libertario. La religión de Tolstoi consistía en la confraternización igualitaria y libre de los seres humanos, la vida sencilla y natural opuesta al artificio de la modernidad, de los aparatos burocráticos y coercitivos institucionales. Era pues, una religión antiautoritaria, sin Iglesia ni Papa que legisasen sobre el sentimiento religioso; por eso se le excomulgó, pero a Tolstoi, en su finca de Yasnaia Poliana, en el campo ruso, la noticia no le afectó, prefería gozar del aprecio de los campesinos, antes que de la buena opinión de un déspota del espíritu.

Ignacio de Llorens.

NOTA A ESTA EDICIÓN

Hemos ampliado para esta edición los textos tolstoianos que ofrecemos al criterio del lector. El texto de «La Insumisión» es la última parte de un trabajo más amplio sobre el Poder que ahora ofrecemos íntegro. Se incluyen también, dos breves capítulos del libro *La verdadera vida*, en los que el autor aborda el tema de la nación y sus defensas hipotéticas, en relación con la conciencia individual. Hemos añadido un artículo sobre la crítica al tiranicidio y al atentado individual, y, por último, la carta de contestación a la excomunión que redactó Tolstoi, donde precisa el núcleo de su pensamiento religioso y político.

Tolstoi, profeta de una nueva era

Rudolf Rucker¹

¹ Este texto fue escrito por Rucker a comienzos de siglo y publicado en la prensa libertaria londinense. Posteriormente fue recopilado para el volumen *Artistas y rebeldes*, editado en 1922. Lo hemos tomado de la última edición castellana, publicada en México, 1989.

Lo que ven vuestros ojos, lo que tocáis con vuestras manos, no son más que sombras y el sonido que resuena en vuestros oídos no es sino un eco grosero de la voz interior que implora y gime en el seno de la creación.

De Lamennais.

Cada vez que leo alguno de los trabajos filosóficos de Tolstoi me acuerdo de un cuento de Erich Gustavsen, *El baile de máscaras*. Cierta conde opulento ofrece un baile de máscaras a sus numerosos amigos. En el amplio y hermoso salón engalanado la vida circula en centenares de distintas formas. Las parejas se deslizan al sonido de una dulce música; en todas partes reina buen humor, risas y alegría. Pero de pronto aparecen en medio de la alegre reunión dos nuevas máscaras, un payaso y un monje. Nadie sabe de dónde salieron, ni han sido invitadas, ni quienes son; empero cada cual siente que algo extraño, algo frío y terrible se desenvuelve en su corazón, algo que no armoniza con el regocijo que predomina en la velada. Ambas máscaras pasean por la sala y susurran al oído de todos los que se les aproximan palabras que queman cual fuego en el alma. El payaso critica con cruel ironía los aspectos ridículos y mezquinos del carácter de cada uno, arrancando sin piedad el velo que cubre los pensamientos, los anhelos y las esperanzas más íntimas; el monje por su parte, toca con sus observaciones hondas heridas en cada corazón, haciendo sentir a todos que la alegría externa no puede ahogar el dolor interior.

Cada uno de aquellos con quienes han hablado los dos forasteros se ubica silenciosamente en un rincón y olvida la ruidosa alegría del baile. Cada cual siente que

en su corazón se han tocado cuerdas que antes nunca habían resonado. Más tarde, cuando desaparecen los dos intrusos, la mayoría olvida lo que acaba de ocurrir, pero algunas personas permanecen serias y vuelven, pensativas, a sus casas.

También Tolstoi es uno de los pocos que se han tornado serios en el baile de máscaras de la civilización moderna, uno de aquellos que se encaminaron meditando a sus casas y que ya no han de volver. Él también escuchó las voces misteriosas que le susurraron al oído y sintió la ironía amarga, apasionada y cruel del payaso y la tristeza desesperada, la seriedad dolorosa de las palabras del monje. Y esa revelación interior ha influido sobre sus sentimientos más íntimos, sobre cada nervio de su actividad intelectual, dando origen y desarrollando en él ese espíritu profético y esa honda fuerza moral que tan poderosamente apelara a la conciencia de nuestra época.

Existen pocos escritores en quienes esa comprensión interna haya tenido una expresión tan potente como en Tolstoi. Adviértase inmediatamente que no se trata de descripciones comunes, sino de experiencias interiores, de recuerdos del alma, que se transforman por la mano creadora del artista en una vivida obra de arte.

Las obras principales de Tolstoi llevan todas ellas un sello autobiográfico y a medida que avanzaba en edad manifestábase más claramente ese carácter de sus escritos.

En su primer aporte a la literaruta, *Infancia*, se revela a primera vista la mirada genial del artista verdadero. El análisis delicado del alma infantil que Tolstoi nos ofrece en esta obra pertenece a las creaciones más hondas y puras que contiene la literatura moderna. Irteniev, el protagonista de la novela, es el propio Tolstoi, quien nos refiere con una fuerza poética admirable cómo el mundo circundante con sus fenómenos y sucesos se refleja en el alma de un niño. En los complementos de esa obra *Adolescencia y Juventud*, el rasgo autobiográfico aparece más evidente aún, al mismo tiempo que su ma-

ravillosa capacidad de describir los más mínimos detalles externos, sin perjudicar con ello la armonía artística de la obra en general. Esta capacidad extraordinaria, condición real de todo gran artista, se nota en todos los trabajos del escritor ruso. Sus admirables paisajes y escenas del Cáucaso, donde sirvió como oficial, son cuadros literarios en el más amplio sentido de la palabra. En los dos trabajos que pintan el sitio de Sebastopol, en el cual el autor tomó parte en su calidad de oficial del ejército ruso, se ocupa Tolstoi por primera vez de los aspectos misteriosos y trágicos de la vida. En esa descripción de la guerra eminentemente original, basada en las más finas observaciones psicológicas, se reconoce ya el futuro creador de la formidable obra: *La guerra y la paz*. Pero Tolstoi tuvo que cursar aún otra escuela de la vida antes de que madurase la filosofía grandiosa que forma la nota fundamental de la mencionada obra. Al volver Tolstoi en 1856 de Sebastopol se convirtió en uno de los favoritos de la alta sociedad. En San Petersburgo fue recibido como uno de los «héroes» que habían tomado parte en las luchas sangrientas de Sebastopol y al mismo tiempo como el joven y talentoso escritor a quien los mejores críticos rusos predecían un brillante porvenir. Qué el joven artista no había encontrado a su gusto el militarismo era cosa que se notaba ya por sus cuadros de guerra; pero aún no tenía una idea determinada, un ideal para el porvenir. En la capital rusa se entregó con todo apasionamiento a la vida de la juventud aristocrática; frecuentaba los cafés lujosos y los sitios de placer, donde el vino y la mujer son los dos polos alrededor de los cuales gira todo. Durante algún tiempo el joven escritor halló satisfacción en esa persecución constante de nuevos placeres refinados; mas, finalmente llegó también para él la reacción inevitable que le llenó de repugnancia por esa vida vana, falta de contenido espiritual. Un carácter como el de Tolstoi no podía naufragar en el inmenso lodazal de aquella sociedad que se llama con orgullo «la clase privilegiada».

Comprendió que esa vida no era más que un bullicio capaz de aturdir por algún tiempo el espíritu y de disecar el alma; pero un carácter de verdad, que busca algo más profundo en la vida, sentirá la desesperación con más fuerza después del bullicio.

En las obras que Tolstoi creará en aquel período, fácil es ver la búsqueda de algo nuevo y a menudo se tiene la impresión de que un enterrado vivo lucha con todas sus fuerzas para llegar al sitio donde percibe un rayo tenue, suave. El rayo desaparece de vez en cuando en la oscuridad, pero vuelve a reaparecer siempre.

Cuando Tolstoi abandonó finalmente a Rusia para conocer de cerca la vida de Europa occidental, uno de los motivos que le impulsaron a ello fue sin duda el descontento interior, la vacuidad de una existencia que ya no podía satisfacerlo. La cultura de la Europa occidental constituía entonces el ideal de las clases instruidas de Rusia y cuando más hondamente sentía la juventud culta la tremenda ignorancia y la situación desesperada de las vastas multitudes de paisanos rusos, tanto más brillante le parecía la vida social y política, la educación y la ciencia de la Europa occidental. Y la mayoría, en efecto, se sintió deslumbrada por el colosal progreso técnico e industrial de aquellos países, por los millares de resultados de una ciencia racional y por los principios modernos de la política de esa parte de Europa.

Pero Tolstoi tampoco halló allí la solución de los importantísimos problemas que le habían quitado su tranquilidad interior. Su aguda mirada crítica percibió en seguida que esa brillante civilización europea no era sino un velo con que se cubría la barbarie social. Comenzó a darse cuenta de que esa cultura famosa basábase en la miseria de millones y millones de siervos del jornal que una falsa ciencia consideraba un mal escenario. Veía que el proletariado, a quien la pobreza había aglomerado en los grandes centros de la industria europea, era cada vez más arrancado de la madre tierra y de la naturaleza y a

causa de ello perdía paulatinamente todo contacto íntimo con la generalidad de los acontecimientos. Sentía que el hombre que pierde toda relación íntima con la naturaleza, no es más que una flor arrancada de la tierra fértil: se marchita y muere.

Tolstoi ha sido uno de los contados hombres que no se han dejado deslumbrar por el progreso técnico e industrial externo de un período transitorio. Toda la cruel injusticia de esa llamada cultura se descubrió repentinamente ante su vista y comprendía cada vez con mayor claridad que tampoco allí encontraría una respuesta clara a las grandes cuestiones que le perseguían.

Ya en Rusia comprendía Tolstoi que el pequeño círculo de ociosos parásitos que forman la llamada «alta sociedad» está fuera del grandioso y misterioso proceso de la vida. Esta convicción se arraigó más aún en él después de conocer la Europa occidental. Comenzó a darse cuenta de que esas masas oscuras, desconocidas, esclavizadas y menospreciadas forman en realidad el terreno fecundo del cual surgen todas las grandes aspiraciones generales, todas las renovaciones de la vida y de las formas sociales. Entre esas masas, a las cuales se ignora, a las que no se comprenden, es donde se puede hallar la raíz de todo ideal. Todo gran movimiento ha nacido en el seno de las multitudes; han sido sus esperanzas; ellas han sido la base de toda cultura, de todas las transformaciones. El espíritu de las multitudes ha movido a millones y millones de individuos, ofreciéndoles las mismas convicciones, los mismos deseos, la misma nostalgia. Él ha determinado el carácter de los más grandes períodos de la historia humana y todo lo que creara el genio del individuo ha sido inspirado y fructificado por esa fuerza misteriosa que vive y aspira en lo más profundo de la vida social.

El formidable cuadro de Tolstoi *La guerra y la paz* se funde en esta filosofía de las masas; es la consecuencia lógica de tal convicción. Esta maravillosa obra artísti-

ca desenvuelve ante nuestros ojos, cual un panorama gigantesco, la historia de Rusia desde 1805 a 1812, ese período colosal de la vida de los pueblos europeos en que las bocas de los cañones proclamaban por doquier la sangrienta y férrea ley de la guerra. No es una novela histórica en el sentido común de la palabra; es un cuadro grandioso creado por uno de los más grandes pintores, quien ha comprendido e infundido vida en cada detalle, en cada carácter, sin olvidar por eso la magna y gigantesca idea fundamental de la obra total.

En *La guerra y la paz*, Tolstoi ha destruido la fe de los pragmáticos en los héroes de los que sólo ven en la historia las «grandes personalidades» e ignoran totalmente la vida y las aspiraciones de las muchedumbres. A todo aquel que haya leído alguna vez con entusiasmo el libro de Carlyle sobre los héroes, le aconsejo que lea inmediatamente la vigorosa obra de Tolstoi y es seguro que lo curará de su fe en los elegidos. Tolstoi conocía la guerra por experiencia; él mismo la había visto en todas sus manifestaciones y por eso sabía que los llamados «héroes» de la historia no son más que hombres y a veces hombres insignificantes que han conocido el arte de adornarse con el mérito de los demás, de los desconocidos y olvidados por la historia, que son en realidad los que «hacen la historia».

Yo no conozco ninguna obra en la literatura antigua y moderna en la que la acción misteriosa de las multitudes, sus anhelos íntimos y sus sentimientos hayan encontrado una expresión tan poderosa e inolvidable como en esta obra genial. ¡Y qué riqueza de colores y escenas! El sangriento campo de batalla de Austerlitz y Borodina, el incendio de Moscú, la terrible retirada de Napoleón y todos los tristes acontecimientos de aquella época se reflejan con incomparable precisión ante nuestros ojos y sobre todo ello flota la maldición de los pueblos, la terrible acusación contra el asesinato organizado de las masas: la guerra.

No es este el lugar para ocuparnos de *Ana Karenina*, la novela de Tolstoi en la que ya se encuentran los primeros indicios de su severa interpretación posterior de las relaciones entre el hombre y la mujer, que halló tan particular expresión en *La Sonata de Kreutzer* y en sus escritos filosóficos. Sólo hablaremos de él como hombre y pensador que ha llegado con toda energía a las últimas consecuencias de un punto de vista anarquista.

Personas que han sido educadas a base de conceptos e ideas de la vida de Europa occidental se explican difícilmente la evolución religiosa que atravesará Tolstoi en el período comprendido entre 1875 y 1880, así como su ensalzamiento de la doctrina cristiana. Y no obstante, este proceso evolutivo ha sido lógico para una naturaleza como la de Tolstoi. Después de haber llegado a la conclusión de que sólo en la multitud pueden hallarse aspiraciones ideales no era sino muy evidente que tratara de ahondar en la vida del labriego ruso. De esta manera llegó a conocer más de cerca las numerosas sectas religiosas y cristianas de los campesinos rusos, enemigos de la iglesia oficial y cuyas persecuciones sufrían constantemente. No existe en la Europa occidental otro país en el cual el sectarismo religioso esté más desarrollado que en Rusia, país donde ejerce profunda influencia en la psicología popular. Este fenómeno curioso no ha sido bien explicado aún y sin embargo hubo en épocas anteriores movimientos análogos en la Europa occidental: la existencia de millares de sectas anticlericales que ha interpretado a su modo el cristianismo y predicado la igualdad de todos los hombres. Los grandes movimientos populares de los albagineses, husitas y anabaptistas, que fueron los iniciadores de una formidable revolución social, revolución que sólo pudo ser reprimida gracias a la unión general de los reyes cristianos, de los nobles y de la iglesia católica y protestante; el movimiento causado por Wycliffe en Inglaterra: todos esos anhelos que se han desarrollado en el seno del pueblo tienen una gran similitud con

el sectarismo actual de Rusia. El sectarismo desaprueba el cristianismo oficial de la doctrina y el predominio de la Iglesia. Muchos de sus adeptos creen encontrar todo el ideal de la doctrina cristiana en las comunidades comunistas de los primeros cristianos. Niegan el dominio de un hombre sobre otro y reconocen como base de una verdadera moral cristiana la solidaridad y el apoyo mutuo.

Tolstoi como ruso, había sido evidentemente influenciado por esas hondas aspiraciones espirituales de su pueblo; sentía instintivamente que era quel terreno en que podía trabajar y difundir las convicciones más arraigadas de su corazón. Era aquel el campo que fecundó el espíritu del artista y pensador ruso, llevando sus frutos a todos los países y a todos los pueblos. Para Tolstoi la religión es un deber interior que ve en cada semejante un amigo y un hermano. Rechaza todas las ceremonias exteriores de la Iglesia y reduce su cristianismo a estos términos: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Por eso ve en Jesús la figura ideal más grande que ha producido la humanidad. No es al Jesús de la Iglesia, al hijo de Dios personal a quien adora, sino a Jesús hombre, mártir, que murió por su doctrina. Bien sabía Tolstoi que Jesús sólo podía ser grande como hombre; como Dios no es un mártir ni un sufrido, ni un perseguido, pues no es posible que lo sea como Dios.

Partiendo de esa base desarrolla Tolstoi un anarquismo consecuente. Como enemigo de la Iglesia lo es también de toda organización política fundada en la fuerza y en la obligación. Condena al Estado en todas sus formas y ve en toda institución de gobierno una monopolización del crimen. El patriotismo, el nacionalismo, el odio de razas, la política, la diplomacia, el militarismo, la guerra, la ley, no son más que ramas aisladas del árbol del pecado. Tolstoi rechaza toda ley humana y sólo admite que el desarrollo del fuero interno constituye la condición real para una sociedad fraternal. Claro está que es el enemigo del monopolio de la propiedad, e igual

que los anabaptistas y otras sectas religiosas de la Edad Media preconiza la comunidad de la tierra. Esta pertenece a todos los hombres y el que se apropia de ella es un criminal. El ideal económico de Tolstoi es el comunismo agrario-anarquista. Pocos escritores han censurado tan severamente las instituciones de la sociedad moderna como lo hiciera Tolstoi, pero han demostrado de un modo tan evidente que el progreso de nuestra llamada civilización es en realidad un proceso de degeneración física y moral. La caza desenfrenada de los placeres refinados, el lujo desordenado de las clases dominantes y la miseria corporal e intelectual en las grandes ciudades civilizadas, donde el hombre está aislado de la naturaleza, son síntomas terribles de esa degeneración. Como J. J. Rousseau ciento cincuenta años atrás, Tolstoi proclama como lema: «¡Volved a la naturaleza, a la madre tierra!» Cuanto más sencilla y humildemente viva el hombre, cuanto más estrecha sea su vinculación con sus semejantes, cuanto más puros sean sus sentimientos, tanto mayor será su regocijo interior.

Tolstoi no es un reformador, no pertenece a aquellos que quieren curar el mal por medio de pequeñas mejoras. Su doctrina va dirigida contra los fundamentos de la sociedad moderna; combate la esencia y no la forma de nuestra llamada civilización. Aspira a reorganizar la sociedad y la vida humana sobre una base nueva y rechaza todo compromiso. En este sentido el filósofo de Iasnaia Poliana es un verdadero revolucionario.

Rechazando toda clase de violencia, Tolstoi reprueba también la violencia como medio para combatir el mal. Es preferible sufrir de los injustos, antes que ser injusto, tal es su lema. El mal hay que combatirlo no con la violencia, sino con el valor de las convicciones. Un ideal puro sólo puede ser realizado mediante medios puros.

Comprendemos este punto de vista; mas todavía: agreguemos que el terrorista revolucionario no es indudablemente el tipo ideal del porvenir; pero también a él lo

comprendemos, pues estamos convencidos de que la gran injusticia no puede caer sin erupciones violentas y de que debe morir por sus propias armas. Allí donde el hombre gime, sufre y muere bajo la maldición de un sistema brutal, la protesta violenta no es sino la consecuencia lógica e inevitable de ese sistema. Eso es lo que nos enseña la historia de todas las grandes revoluciones populares.

Pero admitamos también con profunda convicción el alto significado de la fuerza moral, que se manifiesta en diversos hechos, como lo pide Tolstoi. **El boicot moral contra el Estado, la resistencia al servicio militar**, es, fuera de duda, un método táctico que apela a los sentimientos más elevados del hombre. Pero nos falta la fe, creer que este método puede por sí solo libertar al hombre de la maldición de la esclavitud.

Muchos son los ríos que afluyen al mar, pero al cabo todos ellos se unen para un solo fin. También nuestros caminos pueden ser diversos pero el ideal que llevó al Rousseau ruso a una nueva vida es el mismo que arroja su luz en el abismo de las criaturas humanas esclavizadas, que aspiran a la libertad, a la dicha, a la luz.

Tolstoi es el profeta que ha vislumbrado el país de nuestros hijos, el templo soberbio de las generaciones venideras. Es el país de nuestras esperanzas, el gran objeto de nuestra nostalgia, al cual saludamos con la palabra libertadora: ¡Anarquía!

El Poder. La Insumisión

Leon Tolstoi

La concepción social de la vida consiste, sabido es, en que el sentido de la vida es transportado de la personalidad al grupo en sus diversos grados: familia, tribu, raza, Estado.

Según esta concepción, resulta que, como el sentido de la vida reside en la agrupación de las personalidades, estas personalidades sacrifican voluntariamente sus intereses a los del grupo. Es lo que se ha producido y se produce aún realmente en ciertas formas del grupo, en la familia o en la tribu, en la raza y aun en el Estado patriarcal. A consecuencia de costumbres transmitidas por la educación y confirmadas por la sugestión religiosa, las personalidades subordinan sus intereses a los del grupo y los sacrifican a la comunidad sin ser obligados a ello. Pero, cuanto más las sociedades llegaban a ser complicadas, cuanto más grandes se hacían, cuanto más se afirmaba la tendencia de las personalidades a perseguir su interés personal en detrimento del interés general; y más entonces el Poder debía recurrir a la violencia para dominar a esas personalidades rebeldes. Los defensores de la concepción social tratan de ordinario de confundir la noción del Poder, es decir, la violencia, con la noción de la influencia moral, pero esta confusión es absolutamente imposible.

La influencia moral obra sobre los deseos mismos del hombre y los modifica en el sentido de lo que se le exige. El hombre que sufre la influencia moral obra se-

gún sus deseos. Mientras que el Poder, en el sentido corriente de esta palabra, es un medio de obligar al hombre a obrar contrariamente a sus deseos. El hombre sometido al Poder no obra como él quiere, sino como es obligado a hacerlo; y solamente por la violencia física, es decir, el encarcelamiento, la tortura, la mutilación, o por la amenaza de esos castigos, es como se puede obligar al hombre a hacer lo que no quiere. En eso es en lo que consiste y ha consistido siempre el Poder.

A pesar de los esfuerzos continuos de los gobernantes por ocultarlo y por dar al Poder una significación distinta, es para el hombre una cuerda, una cadena con que será agarrotado y arrastrado, el *knut* con que será magullado, el machete o el hacha que le cortará los brazos, las piernas, la nariz, las orejas, la cabeza; y eso era así bajo Nerón y Gengis Kan, y eso es así todavía hoy bajo el gobierno más liberal, el de la República americana o el de la República francesa. El pago de los impuestos, el cumplimiento de los deberes sociales, la sumisión a los castigos, cosas todas que parecen voluntarias, tienen siempre en el fondo el temor de una violencia.

La base del Poder es la violencia física y la posibilidad de hacer sufrir a los hombres; una violencia física es debida sobre todo a individuos mal organizados: de tal modo que obran de acuerdo aunque sometiéndose a una sola voluntad. Estas uniones de individuos armados que obedecen a una voluntad única forman el ejército. El Poder se encuentra siempre en manos de los que mandan el ejército, y siempre todos los jefes del Poder, desde los césares romanos hasta los emperadores rusos y alemanes, se preocupan del ejército más que de cualquier otra cosa, y no favorecen sino a él, sabiendo que, si él está con ellos, el Poder les está asegurado.

Esta composición y esta fuerza del ejército, necesarias a la garantía del Poder, son las que han introducido en la concepción social de la vida el germen desmoralizador.

El fin del Poder y su razón de ser están en la limitación de la libertad de los hombres que querrian poner sus intereses personales por encima de los intereses de la sociedad. Pero, sea el Poder adquirido mediante el ejército, por herencia o por elección, los hombres que lo poseen no se distinguen en nada de los demás hombres y, como ellos, son impelidos a no subordinar su interés al interés general; al contrario. Cualesquiera que sean los medios empleados, no se ha podido, hasta el presente, realizar el ideal de no confiar el Poder sino a hombres infalibles, o solamente de arrebatarse a los que lo detentan la posibilidad de subordinar a los suyos los intereses de la sociedad.

Todos los procedimientos conocidos: el derecho divino, la elección, la herencia, dan los mismos resultados negativos. Todo el mundo sabe que ninguno de esos procedimientos es capaz de asegurar la transmisión del Poder sólo a los infalibles, o aun de impedir el abuso del Poder. Todo el mundo sabe que, al contrario, los que lo poseen—sean los soberanos, ministros, gobernadores o agentes de policía—son siempre, porque tienen el Poder, más inclinados a la inmoralidad, es decir, a subordinar los intereses generales a sus intereses particulares, que los que no tienen el Poder. Eso, por lo demás, no puede ser de otro modo.

La concepción social no podía justificarse sino en tanto que los hombres sacrificaban voluntariamente su interés a los intereses generales; pero, tan pronto como hubo entre ellos quienes no sacrificaban voluntariamente su interés, se sintió la necesidad del Poder, es decir, de la violencia, para limitar su libertad, y entonces ha penetrado en la concepción social y en la organización que de ella resulta el germen desmoralizador del Poder, es decir, de la violencia de unos sobre otros.

Para que la dominación de unos sobre otros alcanzara su fin, para que pudiese limitar la libertad de los que hacen pasar sus intereses privados antes que los de

la sociedad, el Poder hubiera debido encontrarse en manos de hombres infalibles, como se supone que está entre los chinos, o como se ha creído que estaba en la Edad Media y como creen que está todavía hoy en los que tienen fe en la gracia de la unción. Sólo en esas condiciones podía comprenderse la organización social.

Pero como eso no existe, como, al contrario, los hombres que tienen el Poder están siempre muy lejos de ser santos, precisamente porque tienen el Poder, la organización social basada sobre la autoridad no puede ser justificada.

Aun si hubo un tiempo en que, a consecuencia de la baja del nivel moral y de la disposición de los hombres a la violencia, la existencia del Poder ha ofrecido alguna ventaja, por ser la violencia de la autoridad menor que la de los particulares, es evidente que esta ventaja no podía ser eterna. Cuanto más la tendencia de las personalidades a la violencia disminuía, cuanto más las costumbres se endulzaban, cuanto más el Poder se desmoralizaba a consecuencia de su libertad de acción, más esta ventaja desaparecía.

Este cambio de la relación entre el desenvolvimiento moral de las masas y la desmoralización de los gobiernos es toda la historia de los últimos dos mil años.

He aquí simplemente cómo las cosas han pasado:

Los hombres vivían en familias, en tribus, en razas, provocándose, violentándose, despojándose, matándose. Esas violencias se cometían en grande y en pequeño: individuo contra individuo, familia contra familia, tribu contra tribu, raza contra raza, pueblo contra pueblo. El grupo más numeroso, el más fuerte, se apoderaba del más débil, y, cuanto más fuerte llegaba a ser, más las violencias interiores disminuían, y más la duración de la vida del grupo parecía asegurada.

Los miembros de la familia o de la tribu reunidos en un solo grupo son menos hostiles unos para otros, y la familia o la tribu no mueren como el individuo aislado.

Entre los miembros de un Estado sometido a una sola autoridad, la lucha entre personalidades parece más débil aún y la duración del Estado más segura.

Estas reuniones en grupos cada vez más grandes se han producido no porque los hombres han tenido conciencia de encontrar en ellas una ventaja, como se cuenta en la leyenda del llamamiento de los Varegas en Rusia, sino a causa del aumento de las poblaciones y a consecuencia de las luchas y de las conquistas.

Después de la conquista, en efecto, el poder del conquistador hace desaparecer las disensiones intestinas, y la concepción social de la vida recibe su justificación. Pero esta justificación sólo es provisional. Las disensiones intestinas no desaparecen sino en razón de una presión más fuerte del Poder sobre las personalidades que estaban en hostilidad. La violencia de la lucha interior, ahogada por el Poder, renace en el Poder mismo. Este se encuentra en manos de hombres que, como todos los demás, están inclinados a sacrificar el bien general a su bien particular, con la diferencia de que los violentados no pueden resistirle, y de que sufren la influencia desmoralizadora del Poder. Por eso es por lo que el mal de la violencia, pasando al Poder, no cesa de aumentar y llega a ser mayor que el de que el Poder ha sido el remedio. Y eso, mientras que en los miembros de la sociedad las tendencias a la violencia se debilitan cada vez más, y que la violencia del Poder llega a ser por consiguiente cada vez menos necesaria.

El poder gubernamental, aun si hace desaparecer las violencias interiores, introduce siempre en la vida de los hombres violencias nuevas, cada vez más grandes siempre, en razón de su duración y de su fuerza. De suerte que, si la violencia del Poder es menos evidente que la de los particulares, porque se manifiesta no por la lucha, sino por la opresión, no existe menos y las más de las veces en un grado más elevado.

Y eso no puede ser de otro modo, porque, además de que el Poder corrompe a los hombres, los cálculos o aun la tendencia inconsciente de los que lo poseen tendrán siempre por objetivo el mayor debilitamiento posible de los violentados, puesto que cuanto más débiles son, menos esfuerzos hacen falta para dominarlos.

Por eso es por lo que la violencia aumenta siempre hasta el límite extremo que puede alcanzar sin matar la gallina que pone los huevos de oro. Y, si esta gallina no pone ya, como los indios de América, los fueginos o los negros, se mata a pesar de las sinceras protestas de los filántropos.

La mejor confirmación de esto es la situación de los obreros de nuestra época, que lo cierto es que no son más que siervos.

A pesar de los supuestos esfuerzos de las clases superiores por mejorar la suerte de los trabajadores, éstos son sometidos a una ley de hierro inmutable que no les concede sino lo estricto necesario, a fin de que estén siempre obligados al trabajo conservando justo la suficiente fuerza para trabajar en provecho de sus amos, cuya dominación recuerda la de los conquistadores de antaño.

Eso ha sido siempre así. Siempre, a medida del aumento y de la duración del Poder, las ventajas para los que estaban sometidos a él disminuían, y los inconvenientes aumentaban.

Eso ha sido y eso es, independientemente de las formas gubernamentales en las cuales viven los pueblos; con la sola diferencia de que en la forma autocrática el Poder está concentrado en las manos de un pequeño número de violentos, y la forma de las violencias es más visible, mientras que en las monarquías constitucionales y la República, como en Francia y en América, el Poder está repartido entre un mayor número de violentos, y la forma en la cual se traduce la violencia es menos sensible; pero su resultado —las desventajas del gobierno más grandes que sus ventajas— y su proceso —debilitamiento de los oprimidos— son siempre los mismos.

Tal ha sido y tal es la situación de los oprimidos, pero la ignoraban hasta el presente y, en cuanto a la mayor parte, creían ingenuamente que el gobierno existía para su bien, que sin gobierno estarían perdidos; que no se puede, sin sacrilegio, expresar el pensamiento de vivir sin gobierno; que eso sería una doctrina terrible —¿por qué?— de anarquía y que se presenta acompañada de un séquito de calamidades.

Se creía, como en algo absolutamente probado, que puesto que hasta el presente todos los pueblos se han desenvuelto bajo la forma de Estados, esta forma es para siempre la condición esencial del desenvolvimiento de la humanidad.

Así es como eso ha continuado centenares y millares de años, y los gobernantes se han esforzado siempre y se esfuerzan aún por mantener a los pueblos en este error.

Eso pasaba así bajo los emperadores romanos, y eso pasa aún en nuestros días, aunque la idea de la inutilidad y aun de los inconvenientes del Poder penetra cada vez más en la conciencia de las masas, y eso pasaría así eternamente si los gobiernos no se encontraran en la obligación de aumentar continuamente sus ejércitos para mantener su autoridad.

Se cree generalmente que los gobiernos aumentan los ejércitos únicamente para la defensa exterior del país, cuando los ejércitos les son sobre todo necesarios para su propia defensa contra los súbditos oprimidos y reducidos a esclavitud.

Eso ha sido siempre necesario y eso llega a serlo cada vez más a medida que se extiende la instrucción, a medida que las relaciones entre los pueblos y entre los habitantes de un mismo país llegan a ser más fáciles, y sobre todo a causa del movimiento comunista, socialista, anarquista y obrero en general. Los gobiernos lo sienten y aumentan la fuerza de sus ejércitos.

No hace mucho, en el *reischtag* alemán, respondiendo a la interpelación que preguntaba por qué se te-

nia necesidad de fondos para aumentar el sueldo de los suboficiales, el canciller declaró francamente que hacían falta suboficiales seguros para luchar contra el socialismo. El canciller no hizo sino decir en voz alta lo que cada cual sabe en el mundo político, pero lo que se oculta cuidadosamente al pueblo. Por el mismo motivo se formaban guardias suizas para los reyes de Francia y para los papas, y todavía hoy, en Rusia, se mezclan con tanto cuidado los reclutas, de modo que los regimientos que tienen guarnición en el centro se componen de soldados pertenecientes a las provincias fronterizas, y recíprocamente.

El sentido del discurso del canciller alemán, traducido en lengua vulgar, es que el dinero es necesario no contra el enemigo exterior, sino para comprar suboficiales dispuestos a marchar contra los trabajadores oprimidos.

El canciller ha dicho involuntariamente lo que todo el mundo sabe muy bien o lo que sienten los que no lo saben, a saber: que el orden de cosas actual es tal no porque debe ser así, sino porque el gobierno lo mantiene así por la violencia, apoyado en el ejército con sus suboficiales y sus generales comprados.

Si el trabajador no tiene tierra, si está privado del derecho más natural, el de extraer del suelo su subsistencia y la de su familia, no es en modo alguno porque el pueblo lo quiere así, sino porque cierta clase, los hacendados, tiene el derecho de admitir en él, o de no admitir, al trabajador. Y este orden de cosas contra la naturaleza es mantenido por el ejército. Si las inmensas riquezas amontonadas por el trabajo son consideradas como pertenecientes no a todos, sino a algunos; si la deducción de los impuestos y su empleo son abandonados a la voluntad de algunas personalidades; si las huelgas de los obreros son reprimidas, y las de los capitalistas protegidas; si algunos hombres pueden elegir los procedimientos de educación (religiosa o laica) de los niños; si algunos hombres tienen el privilegio de hacer leyes a las

cuales todos los demás deben someterse, y de disponer así de los bienes y de la vida de cada uno, todo eso tiene lugar no porque el pueblo lo quiere y porque eso debe ser naturalmente, sino porque los gobiernos y las clases dirigentes lo quieren así para su provecho y lo imponen por medio de una violencia material.

Cada cual lo sabe, o, si no lo sabe, lo aprenderá a la primera tentativa de rebeldía o de transformación de este orden de cosas.

Pero no hay un solo gobierno. Existen otros a su lado, que dominan igualmente por la violencia y que están siempre dispuestos a arrebatarse al vecino el producto de sus súbditos ya reducidos a la esclavitud. Por eso es por lo que cada uno de ellos tiene necesidad de un ejército no solamente para mantenerse en el interior, sino también para defender su botín contra los vecinos rapaces. Los Estados están, pues, reducidos a rivalizar en el aumento de sus ejércitos, y este aumento es contagioso, como lo ha hecho notar Montesquieu hace aproximadamente dos siglos.

Todo aumento de efectivos dirigido por un Estado contra sus súbditos llega a ser inquietante para el Estado vecino, y le obliga a reforzar él también su ejército.

Si los ejércitos se enumeran hoy por millones de hombres, no es solamente porque cada Estado ha sido amenazado por sus vecinos, sino sobre todo porque le ha sido preciso reprimir las tentativas de rebeliones interiores. Lo uno es el resultado de lo otro: el despotismo de los gobiernos aumenta con su fuerza y sus éxitos exteriores, y sus disposiciones agresivas aumentan con su despotismo interior.

Los gobiernos europeos tratan de sobrepujarse unos a otros acrecentando su armamento y obligándose a adoptar el expediente del servicio militar obligatorio como medio de enrolamiento de mayor número de tropas al menor precio posible. Alemania fue la primera a quien sugestionó este plan, y tan pronto puesto en práctica por

una nación las otras se apresuraron a seguir el ejemplo. Así todos los ciudadanos tomarían las armas para sostener los dogmas en perjuicio de ellos mismos. De hecho se convirtieron en sus propios opresores.

En general el servicio militar obligatorio fue la inevitable y lógica conclusión a que era lógico llegar. Al mismo tiempo es la última expresión de la innata contradicción social manifiesta súbitamente cuando la violencia es requerida.

El servicio militar obligatorio evidenció claramente esta contradicción. Por supuesto el verdadero concepto de la vida social consiste en esto: el hombre, al darse cuenta de la crueldad de la lucha de unos contra otros, y del peligro en que el individuo incurre, busca protección, transfiriendo sus intereses privados a la comunidad social. Considerando esto, el resultado del sistema de conscripción es que el hombre, hecho el sacrificio que consiste en escapar a la cruel batalla y a los duros avatares de la vida, es llamado una vez más a afrontar los peligros que había querido evitar y, por ende, la comunidad —el Estado— a lo cual los individuos hicieron ofrenda previa de sus ventajas, está expuesta ahora al mismo riesgo de destrucción que el propio individuo había confrontado antes. Los gobiernos pretendieron haber situado al hombre al amparo de la cruel lucha personal, dándole confianza sobre la inviolable estructura de la vida estatal. Pero en vez de esto, el Estado impone a los individuos una constante de parecidos riesgos, con la diferencia de que en vez de la lucha entre individuos del mismo grupo, la batalla es ahora entre unos grupos y otros grupos.

El establecimiento de la conscripción militar generalizada es como el trabajo de un hombre que apuntala una casa que se derrumba. Las paredes se desploman, obligándole a sujetarlas; el techo empieza a ceder y también hay que aguantarlo; lo mismo con el entarimado que se hunde. Finalmente, cuando todo parece estar bien sujeto la casa resulta inhabitable. Lo mismo puede decir-

se del sistema general de conscripción. La conscripción militar generalizada nulifica todas las ventajas de la vida social que estaba llamada a proteger.

Lo ventajoso de la vida social son aquellas garantías que ofrece para la protección de la propiedad y el trabajo, como la cooperación para el propósito de mutua ayuda. La conscripción militar generalizada destruye todo esto.

Los impuestos exigidos al pueblo para fines de guerra absorben la mayor parte del beneficio del trabajo que el ejército debería proteger.

Cuando los obreros son arrancados de la vocación laboral diaria, ésta queda prácticamente destruida. Cuando la guerra constituye una constante amenaza no merece la pena que las condiciones sean mejoradas.

Cuando a un hombre se le dice que a menos de someterse a la autoridad civil corre el riesgo de verse asaltado por bandoleros; que está en peligro de ser atacado por enemigos propios o extraños, de los cuales se vería en la necesidad de defenderse; que podría ser asesinado y que por tanto es ventajoso para él someterse a ciertas privaciones, medio por el cual puede escapar a todos los peligros, puede creer todo eso, especialmente en lo tocante a los sacrificios requeridos por el Estado, que le promete una plácida existencia de paz en la comunidad que en su nombre ha sido establecida. Pero ahora, cuando estos sacrificios no sólo han sido duplicados sino que las prometidas ventajas no han sido mantenidas, es perfectamente natural que estos hombres piensen que su subordinación a la autoridad es completamente innecesaria.

Pero la fatídica significación de la conscripción militar generalizada, como manifestación de esta contradicción que reside en el consenso social de la vida, no reside en esto. Donde quiera que la conscripción militar exista, todo ciudadano convertido en soldado se convierte igualmente en soporte del sistema estatal y obediente a cuanto el Estado quiera emprender. Al mismo tiempo no toma conciencia de su validez. Esta puede ser su principal manifestación.

Los gobiernos alegan que los ejércitos son primordialmente requeridos para la defensa exterior. Pero esto no es exacto. Ellos son empleados, en primer lugar, para intimidar a sus propios súbditos; y toda persona que cede a la conscripción militar se convierte en participante voluntario en todos los actos opresores del gobierno contra los ciudadanos. Es necesario señalar cuánto realiza el Estado en nombre del orden y el bienestar de la comunidad (todo ello reforzado por la autoridad militar) para convencerse de que todo hombre que cumple el deber militar se convierte en cómplice de los actos del Estado aunque no pueda aprobarlos. Todo feudo dinástico o político; las ejecuciones que se efectúan en estos feudos; la represión de las rebeliones, el concurso militar en la dispersión de manifestaciones populares; en reprimir las huelgas; todas las extorsiones en materia de impuestos; la injusticia sobre el monopolio de la propiedad agrícola; las trabas por la libertad del trabajo; todo esto se realiza, si no directamente por la tropa, si por la policía respaldada por la tropa.

Cualquiera que cumpla su deber militar se convierte en partícipe de todos estos actos; los cuales a menudo suscitan sus reparos y en la mayoría de los casos contradicen directamente a su conciencia. Los hombres no deben abandonar la tierra que han cultivado durante generaciones; no tienen por qué dispersarse por orden del gobierno; no deben pagar impuestos abusivos. Tampoco deben someterse voluntariamente a las leyes que no han contribuido a crear; tampoco deben desistir de su nacionalidad. De consentir en deber militar tendrán que acatar la orden de golpear a los rebeldes. Sin embargo, no deben secundar estos procedimientos sin preguntarse antes a sí mismos si dichos procedimientos son o no justos. ¿Debo contribuir a todo esto?

La conscripción generalizada es el último paso en el proceso coercitivo dictado por el gobierno para soporte de su general estructura. Para los ciudadanos se trata

del extremo límite de la obediencia. Es la clave de arco que soporta el muro, sacada la cual se derrumba enteramente el edificio. Ha llegado el momento en que cada uno de los abusos acumulativos del gobierno y su contexto, reclaman de todos los súbditos no sólo materiales sino sacrificios morales; en que cada hombre debe preguntarse así mismo: ¿Puedo efectuar estos sacrificios? ¿En favor de quién debo realizarlos? Estos sacrificios no son solicitados en nombre del Estado. En nombre del Estado se me dice que todo ello constituye la felicidad del hombre, paz, familia, seguridad y dignidad personal. En suma, ¿quién es el Estado en cuyo nombre tales sacrificios se me piden? ¿Y cuál es su misión?

Se nos dice que el Estado es necesario. En primer lugar porque si no fuera por él ninguna persona se libraría de la violencia y de los ataques de los fascinosos: en segundo lugar, porque sin el Estado nos convertiríamos en salvajes sin religión, sin moral, sin educación, sin instrucción, sin comercio, sin medios de comunicaciones, sin ninguna institución social; en tercer lugar porque sin el Estado estaríamos sujetos a invasión de las naciones vecinas.

«Si no fuera por el Estado —se nos afirma— estaríamos sujetos a la violencia y a los ataques de los perversos en nuestro propio territorio.»

¿Pero quiénes son esos perversos de cuya violencia y ataques el gobierno y el ejército nos salva? Si tales hombres existieron hace tres o cuatro siglos, cuando los hombres se enorgullecían de su habilidad militar y de su fuerza muscular; cuando un hombre mostraba su valor matando a sus semejantes, no encontramos nada de todo esto en el tiempo presente. Nuestros contemporáneos ni usan ni llevan armas. Y firmes en sus preceptos de humanidad, de piedad para sus prójimos, desean tanto la paz como una vida tranquila. Por lo tanto, esta rara especie de salteadores de la cual el Estado pretende defendernos, hace tiempo que no existe.

Pero cuando se nos habla de hombres de cuyos ataques el Estado nos defiende, se sobreentiende que se trata de criminales. En este caso sabemos que no se trata de seres extraordinarios, de bestias de presa entre corderos, sino de hombres como nosotros mismos, tan renuentes a cometer crímenes como a sufrirlos. Sabemos ahora que las amenazas y los castigos son impotentes para reducir la importancia de tales personas, pero cuyo número puede decrecer cambiando el entorno y por influencia moral. Por lo tanto, la teoría de la necesidad de la violencia estatal para proteger el género humano contra los delincuentes, si tuvo algún fundamento hace tres o cuatro siglos no tiene ningún sentido en tiempo presente. Se puede más bien afirmar lo contrario actualmente, ya que la actuación del gobierno con sus anticuados y despiadados métodos de castigo, sus galeras, prisiones, horcas y guillotinas, muy por debajo del nivel general de moralidad, tiende más bien a rebajar el estándar moral que a elevarlo, y mejor aumenta que disminuye la cantidad de criminales.

Se suele decir que sin Estado no habría instituciones, educación, moralidad, religión ni armonía universal: que no habría medios de comunicaciones; que sin el Estado estaríamos desprovistos de esa organización tan necesaria para todos.

Un tal argumento pudo solamente tener base hace varios siglos. Si acaso hubo un tiempo en que los hombres adolecían de medios de comunicaciones rudimentarias y eran tan ineptos para el comercio y el intercambio de ideas que no podían establecerse convenios en materia de general interés —comerciales, industriales, económicas— sin la asistencia del Estado, esto no es el caso en tiempo presente. La extensa red de comunicación y el intercambio de ideas, han dado este resultado: que cuando el hombre moderno desea fundar sociedades, organizar asambleas, corporaciones, congresos, instituciones científicas, económicas o políticas, puede no solamente

dispensarse de la asistencia gubernamental, sino que en la mayoría de los casos los gobiernos son más un estorbo que una ayuda a favor de tales proyectos.

Desde fines del pasado siglo casi todo movimiento progresivo humano ha sido no sólo frenado sino estorbado por los gobiernos. Tal fue el caso cuando se trataba de abolir el castigo corporal, la tortura, la esclavitud; y también cuando el establecimiento de la libertad de prensa y de reunión. Además, la autoridad del Estado y los gobiernos, realmente, no sólo no cooperan sino que directamente obstaculizan la actividad mediante la cual los hombres construyen nuevas formas de vida. La solución de los problemas del trabajo agrícola e industrial, políticos y religiosos, no solamente son desalentados sino tenazmente obstruidos por la autoridad gubernamental.

«A no ser por el Estado y la autoridad del gobierno —se repite— las naciones serían invadidas unas por otras.»

No vale casi la pena refutar este argumento. Se refuta por sí mismo. Se nos dice que el gobierno y sus ejércitos son necesarios para nuestra defensa contra los Estados vecinos, quienes podrían someternos. Pero todos los gobiernos dicen lo mismo unos con respecto de otros; y, sin embargo, si cada nación europea profesa los mismos principios de libertad y fraternidad no necesitan defenderse del vecino. Pero si se tratase de defendernos contra los bárbaros, entonces el uno por ciento de las tropas actualmente bajo las armas sería suficiente. No solamente el incremento de la fuerza armada no logra protegernos del peligro de un ataque de nuestros vecinos; ello, verdaderamente provoca el verdadero ataque que se pronostica.

Por lo tanto, todo hombre que reflexione sobre la necesidad del Estado a cuyo nombre es requerido a sacrificar su paz, su seguridad, su vida, tiene que llegar a la conclusión de que no existe ningún fundamento razonable para tales sacrificios. Incluso analizando el problema teóricamente, el hombre se da cuenta de que los

sacrificios que se le solicitan por el Estado carecen de razón de peso; si se considera el asunto desde el punto de vista práctico, sopesando las diferentes condiciones en que ha sido planteado por el Estado, cada cual puede apercibirse de que, en lo que concierne, la satisfacción de las exigencias del Estado y su propia sujeción a la conscripción militar indubitablemente y, en todo caso menos ventajosas para él que si rehusara a cumplimentarlas.

Si la mayoría de la gente prefiere la obediencia a la insubordinación, no es porque haya juzgado el problema desapasionadamente, sopesando las ventajas y las desventajas, sino porque se halla, por decirlo así, bajo la influencia de una sugestión hipnótica. La gente suele someterse a esta clase de exigencia sin recurrir al uso de la razón, dejándose llevar por la ley del menor esfuerzo. Negarse a la sumisión requiere un razonamiento independiente a la par que un esfuerzo; esfuerzo que algunos hombres son incapaces de realizar. Pero supongamos la exclusión del sacrificio moral de la sumisión y la no sumisión, considerando solamente sus ventajas. Entonces la no sumisión resultará siempre más ventajosa que la sumisión. Cualquiera que sea mi condición, pertenezca a la clase acomodada —la opresora— o a la clase laboriosa —la oprimida—, en todo caso las ventajas de la no sumisión son menos numerosas que las desventajas de la sumisión, y las ventajas de la insumisión mayores que la sumisión.

Si pertenezco a la clase opresora, que es la minoritaria, y me niego a someter a las exigencias del gobierno, podré ser tratado como alguien que se niega a cumplir sus obligaciones. Puedo ser juzgado, y en caso de que el juicio termine favorablemente podré ser declarado no culpable o tratado como los menonistas en Rusia: esto es, ser obligado a servir mi período militar realizando cualquier trabajo no militar. Por lo contrario, si el veredicto es desfavorable, seré condenado al exilio o a prisión por dos o tres años (hablo de eventualidades en Rusia); o

tal vez mi tiempo de condena sea más prolongado. Incluso puedo ser condenado a muerte, aunque esto no es probable. Tales son las desventajas de la insumisión.

Las desventajas de la sumisión son las siguientes: en el caso más afortunado no seré enviado a matar al prójimo ni afrontaré el riesgo de quedar lisiado o ser muerto. Harán simplemente de mí un esclavo militar; se me hará formar vestido como un *clown*; mis jefes superiores, desde el cabo al mariscal, dispondrán de mí a su guisa. A su voz de mando tendré que efectuar una serie de contorsiones gimnásticas, y después de haber sido secuestrado de uno a cinco años, seré liberado; pero todavía obligado por un término de diez años a estar dispuesto en todo momento, en que pueda ser obligado a ejecutar las órdenes que tengan a bien impartirme.

Y aun en el caso peor, seré enviado a la guerra, siempre bajo la misma condición de esclavo; y allí seré obligado a matar a mis camaradas de otros países que jamás me hicieron daño alguno, o bien puedo ser enviado, como antaño me ocurrió, a Sebastopol, a una muerte segura. Esto ocurre en toda guerra. Peor que todas estas cosas, tal vez pueda ser enviado a luchar contra mis propios compatriotas y obligado a matar a mi propio hermano, por cierto asunto dinástico o gubernamental ajeno, por extraños intereses. He aquí las desventajas comparativas.

Las ventajas comparativas de sumisión y no sumisión son las siguientes: Para el que se ha sometido, las ventajas son estas: después de haberse sometido a todas las degradaciones y haber cometido los actos más crueles bajo mandato puede, en el caso de haber sobrevivido, recibir ciertas escaparelas o doradas chucherías para decorar su atavío de *clown*. Y si resultara especialmente afortunado, centenares o miles de gentes tan bastos como él mismo pueden ser puestos bajo su mando, y ser ascendido a mariscal y recibir, en pago, sustanciales sumas de dinero.

Rehusando someterse adquirirá la ventaja de preservar su dignidad, el respeto de la gente digna y, sobre todo, obtendrá la seguridad de cumplir los designios de Dios y, por ende, aportará un cuantioso beneficio al género humano.

Tales son las ventajas y desventajas, respectivamente, para el opresor y miembro de la clase privilegiada. Para el representante de la clase laboriosa —el pobre— las ventajas y desventajas son más o menos las mismas si adjuntamos una importante partida a las desventajas. La desventaja especial para el miembro de la clase trabajadora que no ha rehusado el servicio militar consiste en que, al empezar el servicio, su participación y su tácito consentimiento confirma la opresión a que se encuentra sometido.

Pero la cuestión concerniente al Estado, tanto si su continua existencia es necesaria o fuera más sensato optar por la abolición, no puede ser discutida en su inutilidad por las personas requeridas a soportarlo tomando parte en el servicio militar, y menos aún sopesando comparativamente ventajas y desventajas de la sumisión o insumisión por el individuo mismo. Ha sido decidido irrevocablemente por la conciencia religiosa, por la conciencia de cada individuo, para los cuales, incuestionablemente, la conscripción militar representa una cuestión seguida de la necesidad o no del Estado.

LA SEDUCCIÓN SOCIAL

Vivimos bajo cierto régimen social, que se modifica constantemente, como todo sobre la Tierra, siguiendo los progresos de la sociedad.

Pero los que consideran el orden de cosas existente como más provechoso para ellos (siempre lo es más para unos que para otros), creen también que hace la dicha de todos; entonces, para mantener el régimen establecido, se creen con derecho a cometer los más abominables crímenes.

Hemos establecido el derecho de propiedad: unos poseen la tierra y los instrumentos de trabajo; otros no poseen nada. Y esta posesión injusta de la tierra y de los instrumentos de trabajo para los que no los usan, es considerada justa y debe ser defendida como si diera derecho de aprisionar, de ejecutar, a los que se rebelen contra el orden de cosas. Por lo mismo, a consecuencia del peligro que amenaza al estado de cosas establecido de parte de un pueblo o de un soberano vecino, se estima bueno y justo, no sólo mantener un ejército, sino tenerlo siempre dispuesto a matar hombres de otra nación.

Lo que distingue a esta seducción entre las cuatro anteriores, que hacen cometer actos malos aisladamente, es que ésta conduce a los crímenes colectivos más espantosos, como ejecuciones capitales, guerras, institución de la esclavitud en otro tiempo, del proletariado hoy.

No se hubieran podido llevar a cabo estos crímenes si no se hubiese inventado el procedimiento gracias al cual la responsabilidad se extiende sobre todos, de manera que nadie siente su peso.

Este procedimiento consiste en reconocer la necesidad de la autoridad, ya que para la dicha de todos, los súbditos sumisos, en virtud de la misma dicha común, deben cumplir las órdenes de la autoridad.

«Siento mucho verme obligado a ordenar la confiscación del producto del trabajo, la prisión, el destierro, los trabajos forzados, la pena de muerte, la guerra, dicho de otro modo, el asesinato en masa, pero me veo obligado a ello porque los que me confiaron el poder lo exigen», así hablan los hombres de Estado.

«Si me apropio del bien ajeno, si arranco jóvenes a las familias, si apreso, destierro, mato y arruino a extraños, fusilo a mujeres y niños, no es por mi propia voluntad, sino por la de los jefes a quienes prometí obediencia», agregan los simples ciudadanos.

Esta es la seducción social o del bien general.

LA LIBERACIÓN DE LA SEDUCCIÓN NACIONAL

Es la más funesta. Obra sobre nosotros (como la falsificación de la fe) ayudada por un doble procedimiento: la sugestión de la mentira en los niños, y el esplendor de la pompa de las ceremonias, que impresiona a los adultos. Casi todos los hombres se encuentran, en el momento en que se despierta su conciencia, presos en las redes de la seducción nacional, y viven esta convicción de que su pueblo, su régimen social y su patria son los mejores; que, por el progreso y la dicha de éstos, es preciso someterse ciegamente al gobierno, que, a una orden de éste, se debe molestar, herir y matar a sus semejantes.

En virtud de esta pretendida dicha nacional, considera posible no escuchar los gritos de la conciencia y abdicar la libertad moral. Tal es la superchería de esta seducción.

En el momento en que se admite la posibilidad de sacrificar el bien de uno en provecho del de cierta colectividad, no se puede fijar un límite a este principio; todo acto puede hallar justificación, y no hay mal que no pueda cometerse en su nombre. La suposición de que es posible conocer la dicha futura de la masa, fue en otro tiempo mantenida por la fortuna, la inquisición, la esclavitud, y hoy por los tribunales, las prisiones, la propiedad. En virtud de este principio, Caifás mandó matar a

Cristo; nosotros matamos hoy a millones de hombres en las guerras. Tal es el mal que resulta de esta seducción.

Para evitarla, preciso es comprender que antes de pertenecer a un Estado o a un pueblo, el hombre pertenece a Dios como miembro del reino universal, y que sólo él es responsable de sus actos.

En ninguna circunstancia se debe preferir un hombre a otro; nunca se debe hacer mal al prójimo en nombre de la futura dicha de la multitud; el hombre no se debe considerar obligado a obedecer a nadie, salvo a su conciencia.

NO MATARÁS

Cuando se ejecuta a los reyes, siguiendo las normas de la justicia, como a Carlos I, Luis XVI, Maximiliano de Méjico; o cuando se les degüella después de un golpe de Estado como a Pedro XIII, Pablo I, y diversos sultanes, shas y emperadores de China son hechos que generalmente se ocultan con un total silencio. Pero cuando los asesinatos sin contar con el aparato de justicia y no durante golpes de Estado como a Enrique IV, Alejandro II, el Sha de Persia y recientemente el rey Humberto, estas muertes provocan entre los emperadores, los reyes y la camarilla que los rodea, la indignación y la sorpresa general, como si estos mismos soberanos no participasen de estos asesinatos, no se beneficiasen de ellos y no los ordenasen.

No obstante, los reyes asesinados, incluso los mejores, como Alejandro II y Humberto eran cómplices de la matanza de miles y miles de hombres que perecieron sobre los campos de batalla; en cuanto a los soberanos peores ha sido por centenares de mil y por millones los hombres a los que hicieron perecer.

La doctrina de Cristo abolió la ley: «ojo por ojo, diente por diente». Pero los hombres que han profesado esta ley y que todavía hoy están de acuerdo con ella, la aplican en proporciones espantosas bajo la forma de castigos desoladores o de exterminio durante las guerras, y

no se atienen simplemente al ojo por ojo, sino que, sin provocación alguna, ordenan el asesinato de miles de seres. Estos hombres no tienen derecho a indignarse cuando se aplica esta ley a su alrededor, y en una proporción tan ínfima que se podría contar apenas un rey o un emperador por cada cien mil, o quizás un millón de individuos asesinados por orden suya o con su consentimiento.

Lejos de indignarse de las matanzas de un Alejandro II o de un Humberto, los soberanos deberían más bien de extrañarse de que estos asesinatos sean tan escasos, en razón del ejemplo constante y universal que dan ellos mismos.

Las masas populares están como hipnotizadas: no comprenden el significado de lo que ocurre delante de ellas. Ven a los monarcas y presidentes preocuparse constantemente de la disciplina militar, de los desfiles, paradas y maniobras a las cuales asisten y en donde derrochan vanidad, hombres que acuden enloquecidos para ver a sus hermanos, ataviados con vestimentas abigarradas y resplandecientes, transformados en máquinas, y que al son de tambores y trompetas y recibida la orden ejecutan simultáneamente un mismo movimiento sin entender su significado.

Este significado es, sin embargo, simple y claro, no es otra cosa que la preparación para el asesinato, es el embrutecimiento de los hombres para hacer de ellos instrumentos de muerte.

Es la ocupación favorita y vanidosa de estos emperadores, reyes y presidentes. Pues son éstos los que, convertidos en profesionales del asesinato y llevando uniformes militares e instrumentos de muerte, se indignan cuando matan a uno de ellos.

El asesinato de soberanos, tal como el reciente del rey Humberto, no es horrible por la crueldad del hecho en sí mismo. Los actos cometidos en el pasado por reyes y emperadores: la Santa Inquisición, las guerras religiosas, la represión implacable de las revueltas campesinas,

al mismo tiempo que las ejecuciones gubernamentales actuales, la tortura corriente en las prisiones celulares y los cuerpos represivos, la guillotina, la horca, el fusilamiento y la masacre durante las guerras, no serían, por su crueldad, comparables a los atentados cometidos por los anarquistas.

Los crímenes de los anarquistas no son precisamente espantosos puesto que sus víctimas no merecen otra suerte. Si Alejandro II o Humberto no han merecido ser asesinados, los millares de rusos que han muerto en Plevna, y de italianos en Abissinia, lo han merecido mucho menos.

Desde su infancia hasta la muerte, estos hombres están envueltos de un lujo espantoso y viven rodeados de una atmósfera de mentira e hipocresía que les acompaña.

Su educación, toda su actividad sólo tiene un fin; el estudio de las circunstancias en las cuales fueron cometidos los asesinatos en el pasado, los mejores procedimientos de tortura en nuestra época y la preparación de esas matanzas.

No cesan de llevar ellos los elementos de la destrucción: sables o espadas, se atavian con todo tipo de uniformes, organizan desfiles y paradas, se hacen visitas y presentes bajo la forma de condecoraciones y títulos militares; y no solamente nadie llama por su verdadero nombre lo que hace, y no se les dice que es odioso y criminal prepararse para el asesinato, sino que aún reciben adhesiones y felicitaciones.

Si los ejecutores de reyes se mueven bajo la influencia producida por una indignación personal, provocada por los sufrimientos de un pueblo oprimido, de lo cual juzgan culpables a un Alejandro, a un Carnot o a un Humberto, o se mueven por un sentimiento de venganza, sus actos, por muy inmorales que sean son comprensibles. Pero se plantea una cuestión: ¿cómo los anarquistas no plantean nada mejor para mejorar el destino de los pueblos que el asesinato de hombres?, pues la

desaparición es también vana, como si se le cortase la cabeza a un monstruo fabuloso al cual le apareciera una nueva en el lugar de la anterior.

Entonces, ¿qué beneficio trae matarlo?

Bastaría con recordar que la misma opresión, las mismas guerras, han tenido lugar en todos los tiempos, bajo no importa qué jefe de gobierno: Nicolás o Alejandro; Federico o Guillermo; Napoleón o Luis; Palmerston o Gladstone; MacKinkley o cualquier otro, y se comprendería que no solamente tal o cual jefe es la causa especial de los latigazos que sufren los pueblos.

Estos azotes son la consecuencia de una organización social que ata de la misma manera a todos los miembros de la sociedad que sufren el yugo de algunos hombres, normalmente de uno solo, y que están de tal manera pervertidos por su poder monstruoso, que someten bajo su dirección la vida de millones de individuos que se encuentran en un estado pérfido y poseídos por la manía de grandeza, lo cual se comprende únicamente en razón de su alta situación.

En cada uno de sus viajes, en cualquier revista de tropas que hagan, una multitud entusiasta les sigue, y piensan que es el pueblo entero el que aprueba su conducta.

Los únicos periódicos que leen y que les parecen la expresión de los sentimientos de toda la nación o bien, de sus mejores representantes, exaltan de la forma más servil sus palabras y sus actos, por estúpidos y perversos que sean.

A su alrededor, tanto hombres como mujeres, curas y laicos, todos los que sacan partido a costa de la dignidad humana, buscan la mejor manera de animarles mediante la adulación más refinada, de engañarles sin dejarles la posibilidad de darse cuenta de la mentira que envuelve su existencia. Pueden vivir cien años sin ver un solo hombre realmente libre. Sin escuchar jamás la verdad. Algunas veces nos estremecemos de horror es-

cuchando sus palabras y viendo sus actos, pero si reflexionamos un instante poniéndonos en su lugar, se comprende que en su sitio cualquier otro haría lo mismo.

Un hombre razonable y sensato, que se encontrase en su situación, únicamente sabría tomar razonablemente una única solución: irse. Si se retardase haría como ellos.

Nos preguntamos, en efecto, ¿qué debe pasar por la cabeza de un Guillermo?, hombre de pocos alcances, de instrucción mediocre, vanidoso, teniendo únicamente el ideal de un hidalgo campesino alemán, puesto que cada una de sus animaladas y villanías se saludaban con un recibimiento entusiasta y comentada por la prensa universal, como un suceso de gran importancia.

Si dice que bajo su firma los soldados deben matar, chillamos Hurra. Si dice que *El Evangelio* debe practicarse a puñetazos con guante de hierro, Hurra. Hurra, más aún, si ordena a las tropas que manda a China que no den cuartel. Y en lugar de encerrarlo en un manicomio, nos encaminamos hacia China a ejecutar sus órdenes.

O bien, este Nicolás II, de salud débil, que empieza su mandato declarando a los ancianos, hombres venerables, que su deseo de administrar sus propios asuntos como ellos crean no es más que un sueño insensato.

Y los periódicos que lee, los hombres que ve, le aprueban y exaltan sus virtudes. Propone un proyecto de desarme universal, infantil e ilusorio, y al mismo tiempo aumenta el número de sus soldados; no obstante no se agotan los elogios sobre su sensatez y virtudes.

Ofende y martiriza, sin ninguna razón y sin la menor necesidad, a todo un pueblo, el finlandés, y no es por ello menos alabado. Para terminar, organiza una carnicería insensata en China contradiciéndose con su proyecto de paz universal, sin embargo, le alaban de todas las partes sus triunfos imaginarios y su fidelidad a la política pacífica de su padre.

Entonces nos preguntamos, ¿qué ideas pasan por la cabeza y el corazón de estos hombres?

Podemos afirmar que la opresión de los pueblos y la iniquidad en las guerras no son el fruto de las acciones de los Alejandro, de los Humbertos, ni de los Nicolás, que organizan estas matanzas, sino de aquéllos que les han colocado y les mantienen en la potestad de disponer de la vida humana.

Tampoco sirve de nada matar a los Alejandro, a los Humbertos, ni a los Nicolás. Simplemente hace falta dejar de mantener la organización que los engendra. Pues este régimen únicamente es mantenido gracias al egoísmo y el embrutecimiento de los hombres que venden su libertad y su honor, intercambiándolos por unos mezquinos avances materiales.

Tal es la conducta de hombres que están situados sobre los grados inferiores de la jerarquía social, en parte porque están embrutecidos por una educación falsa, en parte por su interés personal, por el beneficio de los que están situados por encima de ellos. De la misma forma actúan los que están situados en la categoría social más elevada de la sociedad, por las mismas causas, en vista de las mismas ventajas, y en beneficio de los que están situados todavía más arriba que ellos.

Así atacamos los más altos grados de la escala social, hasta llegar a personas o a la persona que se encuentra en el vértice de la pirámide y que no les queda nada por adquirir; para éste, el único motivo para actuar es la ambición y la vanidad, y llegan a estar tan embrutecidos y corrompidos por su poder discriminatorio sobre sus semejantes, por la adulación e hipocresía de su entorno, que, incluso actuando mal, están absolutamente convencidos de su papel de benefactores de la humanidad.

Las naciones que sacrifican su dignidad en beneficio de sus intereses materiales, dan por este motivo origen al nacimiento de hombres que no se pueden comportar de otra forma distinta a como les hacen. No obstante, es-

tas naciones se irritan contra los actos estúpidos o descarados de las directrices que ellos mismos imponen, pero el castigo es azotar a los niños que ellos mismos pervierten.

La solución es bien sencilla. Para hacer desaparecer el yugo que pesa sobre los pueblos y las guerras inútiles, para hacer caer la indignación contra aquellos que parecen ser los benefactores, y para que terminemos de matarlos, bastaría con que: Comprendiésemos las cosas tal y como son, llamándolas por su nombre: decir que una tropa en armas es un instrumento de asesinato, que la organización del ejército, obra que presiden con tanta arrogancia los jefes de Estado, es la preparación de una matanza.

Que todo emperador, rey, o presidente de la república, se dé cuenta de que su función como jefe del ejército no es en absoluto honorable, ni importante, como le hacen creer sus cortesanos, sino que al contrario es perjudicial y vergonzosa, que todo hombre honesto comprenda que el pago del impuesto destinado al mantenimiento del ejército y, más aún, que participar personalmente en el ejército es un acto indiferente, sino más bien inmoral y vergonzoso, y sobre todo que la autoridad de emperadores, reyes o presidentes, que nos indigna tanto y que provoca su asesinato, desaparezca por sí misma.

Luego no sirve de nada matar a los Alejandro, Los Carnot, los Humbertos y otros; lo que hace falta es convencerles de que ellos mismos son unos asesinos, pero sobre todo no permitirles matar, o rehusar matar bajo sus ordenes.

Si los hombres no actúan todavía así, es simplemente porque los gobiernos, movidos por el instinto de conservación, los mantiene en un estado de hipnosis. Es por lo que es necesario tratar de impedir las matanzas a las cuales se dedican los jefes de Estado y poner término a las guerras entre los pueblos, no mediante otros asesinatos, pues al contrario no hacen más que acrecentar la hipnosis, sino provocando la concienciación de destruir esta hipnosis.

Respuesta a mi excomuni3n²

² Respuesta al decreto sinodal del 20 y 22 de febrero, y las cartas que he recibido en esta ocasi3n.

*He who begins by loving christianity better than
Trytch will proceed by loving bis own seet or
churech better than Chistianity, and end by
loving himself better than all.*

Coleridge.

Mi primer pensamiento fue dejar sin respuesta el decreto sinodal referente a mi excomunión. Pero este decreto ha dado ocasión a que se me escriban muchas cartas, personas desconocidas, de las cuales unas me censuran agriamente que niegue cosas que nunca he negado, y otras me aconsejan que crea en cosas en que jamás he dejado de creer; otras, en fin, afirman que entre ellos y yo existe comunidad de pensamientos, en lo que bien pudieran estar equivocados, y me testimonian una simpatía a que probablemente no tendré ningún derecho. Me he decidido a contestar al decreto mismo, para demostrar lo que contiene de injusto, y a los argumentos de mis correspondientes desconocidos.

En general, el decreto del Sinodo tiene muchos defectos. Es ilegal, o intencionalmente equívoco; es arbitrario, injustificado e injusto, además contiene una calumnia y la excitación a sentimientos y actos malos.

Es ilegal o intencionadamente equívoco, porque si quiere ser un acto de excomunión de la Iglesia, no satisface los reglamentos eclesiásticos, según los cuales tal sentencia puede ser pronunciada; si es simplemente la declaración de que el que no cree en la Iglesia y en sus dogmas no pertenece a ella, esto no es necesario decirlo; por lo tanto tal declaración no puede tener otro objeto que el de parecer como una sentencia de excomunión,

aunque en realidad no lo sea. Eso es lo que ha ocurrido, porque ha sido comprendido así.

El decreto sinodal es arbitrario, porque me acusa a mí solo de no creer en todos los puntos que enumera; cuando no solamente muchos, sino casi todos los hombres instruidos sienten la misma desconfianza, y la han expresado y la expresan todavía, en toda ocasión, en sus conversaciones, en sus conferencias, en sus folletos, en sus libros.

No está justificado el decreto sinodal, puesto que el principal argumento, sobre el cual se apoya, es la gran propagación de mi doctrina falsa y corruptora. Y yo sé muy bien que el número de personas que opinan de mi mismo modo, es, todo lo más, y la censura ha hecho tan difícil la circulación de mis obras, que la mayor parte de los que han leído del Sínodo, no tienen la menor idea de lo que he escrito sobre religión, como se demuestra por las cartas que recibo.

El decreto sinodal contiene una aserción manifiestamente inexacta, pues dice que la Iglesia ha hecho tentativas, con respecto a mí, que han resultado infructuosas. Nada de eso ha ocurrido nunca.

El decreto sinodal representa lo que en lenguaje jurídico se llama una calumnia, porque voluntariamente disfraza la verdad con afirmaciones que tienden a perjudicarme.

En fin, constituye una excitación a sentimientos y a actos malos, pues provoca contra mí, como era de esperar la cólera y el odio de los hombres no instruidos y que no razonan, y hasta amenazas de muerte. «Ahora pesa sobre ti la anatema: después de tu muerte, serás precipitado en los tormentos eternos, y reventarás como un perro... Anatema sobre ti, viejo demonio... maldito seas...» escribe uno. Otro censura al gobierno por no haberme encerrado en un monasterio, y llena su carta de groseras injurias. Un tercero escribe: «Si el gobierno no te hace desaparecer, nosotros mismos sabremos obligarte a callar». La carta termina con maldiciones. «Para ani-

quilarte, cobarde, —me dice un cuarto—, yo me encargo de encontrar buenos medios...» Siguen las inventivas groseras. En algunas personas que encontraba, después que se hizo pública la noticia del decreto sinodal, había ya notado las señales de esta violenta cólera. El 25 de febrero, el mismo día en que fue publicado, al pasar por una plaza, oí estas palabras: «Mirad al diablo en forma de hombre». Y si la mayoría del grupo hubiese sido indiferente, acaso me hubieran golpeado como a aquel infeliz que maltrataron, hace ya algunos años, cerca de la capilla Pantelamonosvkaia.

Por eso, en general, el decreto del Sínodo es muy malo. Al final, donde dice que los hombres que lo han afirmado ruegan para que yo sea como ellos, no lo mejora en nada.

Hablo en general.

En los detalles, el tal decreto es injusto por las causas siguientes: Dice: «Un escritor célebre en el mundo, ruso por nacimiento, ortodoxo por el bautismo y la educación, el conde León Tolstoi, obedeciendo a las seducciones de su espíritu orgulloso, se ha rebelado audazmente contra Dios, contra su Cristo y sus santas instituciones, y ha renegado claramente ante todos de su madre la Iglesia ortodoxa, que le ha criado y le ha educado».

He renegado de la Iglesia que se llama ortodoxa. Pero no he renegado de la Iglesia porque me haya rebelado contra Dios, sino por el contrario, porque he querido con todas las fuerzas de mi alma servir a Dios.

Antes de renegar de la Iglesia y de la unión, muy querida para mí con el pueblo, dudando por algunas razones de la verdad de la Iglesia, he consagrado algunos años al estudio teórico y práctico de sus doctrinas. En cuanto a la teoría, he leído lo que he podido sobre la doctrina de la Iglesia, me he preocupado del estudio y examen crítico de la Teología dogmática; en cuanto a la práctica, me he conformado escrupulosamente, durante más de un año a todas las prescripciones de la Iglesia, observando los ayunos, asistiendo a todas las ceremo-

nias. Y me he convencido de que la enseñanza de la Iglesia, teóricamente es una mentira astuta y perjudicial, y prácticamente una reunión de supersticiones groseras y de hechicería, con la cual desaparece absolutamente todo el sentido de la doctrina cristiana.³

Y, en efecto, he renegado de la Iglesia. He cesado de cumplir sus actos, y en mi testamento he ordenado a mis parientes, que no dejen acercarse a mí, cuando muera, a ningún representante de la Iglesia, y que hagan desaparecer lo más pronto posible mi cadáver, sin ninguna oración ni exorcismo, como se aparta todo lo que es repugnante e inútil, para que no sirva de molestia a los vivos.

Dice igualmente que, «he consagrado mi actividad literaria y el talento que Dios me ha dado en hacer penetrar en el pueblo teorías hostiles a Cristo y a la Iglesia, etc.», y que «con mis escritos y cartas profusamente diseminados por los discípulos que puedo tener en el mundo y especialmente en los límites de nuestra querida patria, trabajo con una rabia fanática para arruinar todos los dogmas de la Iglesia ortodoxa y el fondo mismo de la fe cristiana». Todo eso es inexacto.

³ Basta con examinar el ritual para convencerse de que las ceremonias, cuya celebración ocupa constantemente a los sacerdotes ortodoxos, y que constituyen lo que se llama el culto cristiano, no son otra cosa que prácticas de hechicería, aplicadas a todas las circunstancias de la vida. Para asegurarse de que un niño si muere irá al Paraíso, es preciso ungrle y sumergirle en el agua pronunciando determinadas palabras. Para que una recién parida deje de estar impura, existen exorcismos. Para el que quiera salir bien en un negocio, o procurarse una residencia agradable en su nueva morada; para el que desea abundante cosecha a pesar de la sequía; la curación de un enfermo, o el alivio del alma de un difunto, para todo eso y para mil cosas más, se recurre a mantenimientos especiales que un sacerdote pronuncia en un lugar determinado, mediante una convenida retribución.

Jamás me he preocupado de la propagación de mi doctrina. Es verdad que he compuesto obras en las que he tratado de formular por mi mismo la interpretación de la enseñanza de Cristo, y no he ocultado esas obras a los que han expresado el deseo de conocerlas. Pero jamás me he ocupado personalmente de hacerlas imprimir. No he dicho mi modo de comprender la enseñanza de Cristo, si no cuando he sido interrogado sobre ese punto. A los que me han preguntado les he dicho lo que pienso y les he dado mis libros cuando los tenía en casa.

Dice luego que «niego a Dios en la Santísima Trinidad, Creador, Providencia del Universo, que niego a Nuestro Señor Jesucristo, Dios hecho hombre, Redentor y Salvador del mundo, que ha sufrido por todos los hombres y por su salvación, y que ha resucitado de entre los muertos; que niego la Concepción Inmaculada de Nuestro Señor Jesucristo, y la virginidad antes y después del nacimiento de su hijo de la Muy Santa Madre de Dios». Sí, todo eso es completamente exacto. Niego una Trinidad incomprendible y la fábula, absurda en nuestros tiempos, de la caída del primer hombre; niego la historia sacrílega de un Dios nacido de una Virgen, para redimir a la raza humana. Pero Dios espíritu, Dios amor, Dios único principio de todas las cosas, no solamente no lo niego, sino que lo solo real existente que conozco es él, y veo el sentido de la vida en el cumplimiento de su voluntad expresada en la doctrina cristiana.

También dice: «No cree en una vida futura ni en el castigo en el otro mundo». Si se entiende por vida futura; una nueva existencia, el infierno con los tormentos eternos, los diablos y el paraíso, lugar de dicha eterna, es verdad que no creo en semejante cosa. Pero creo en la vida eterna y creo que el hombre es recompensado según sus actos en este y en otros mundos, ahora y siempre. Lo creo tan firmemente, que a mi edad, viéndome ya al borde de la tumba, con frecuencia necesito hacer esfuerzos para no precipitar con mis deseos la muerte en mi cuer-

po, es decir, mi nacimiento a una nueva vida. Y creo que toda buena acción aumenta el verdadero bien de mi vida eterna, así como toda mala acción lo disminuye.

Es perfectamente exacto. Considero todos los sacramentos como sortilegios viles y groseros, irreconciliables con la idea de Dios y la enseñanza cristiana, y más aún, como transgresiones de los preceptos formales de *El Evangelio*. En el bautismo de los niños, veo una concepción clara del mismo sentido que puede tener el bautismo para los adultos que abrazan conscientemente el cristianismo. En el sacramento del matrimonio administrado a dos seres que por adelantado se han unido voluntariamente en la admisión del divorcio y en la consagración dada al matrimonio de personas divorciadas, veo contradicciones formales, así al espíritu como a la letra de la enseñanza evangélica.

En el perdón de los pecados por la confesión, veo un peligroso engaño que no puede hacer otra cosa que fomentar la inmoralidad y hacer desaparecer toda duda ante el pecado. En la extrema unción, en el culto de las imágenes y de las reliquias, en todas las ceremonias, plegarias y encantamientos fijados por el ritual, veo prácticas de grosera hechicería. En la comunión veo una divinización de la carne y la depravación de la doctrina cristiana. En la canonización, además de la preparación evidente del engaño, veo la violación directa de las palabras de Cristo, que ha prohibido absolutamente, o sea quien quiera, hacerse llamar maestro, padre o doctor. (Mateo XXIII, 8-10.)

Dice, en fin, como última prueba de mi culpabilidad «que insulto a los objetos más sagrados de la fe, y me he atrevido hasta dirigir mis burlas contra el más santo de todos los sacramentos: La Eucaristía». Es mucha verdad que no he temido describir sencilla y objetivamente todos los actos que realiza el sacerdote para la preparación de ese pretendido sacramento. Pero que esa ceremonia tenga o constituya algo sagrado y que haya

sacrilegio en describirla simplemente tal y como lo celebran, eso es absolutamente falso. No hay sacrilegio en dar a cada cosa su nombre, olvidando el litúrgico. Pero sí que se comete y muy horrible, de esos que sublevan, cuando uno se vale de todos los medios de que dispone para engañar e hipnotizar a las gentes, aprovechándose de la sencillez de los niños y de los hombres del pueblo para persuadirles de que si se rompe el pan de cierto modo, pronunciando determinadas palabras, y se le mete en seguida en el vino, Dios penetra en el pedazo; que si, según sea el pedazo de pan, elevando en nombre de un vivo o de un muerto, asegura a aquel la salud, y a éste un alivio de su suerte en el otro mundo; en fin, que cualquiera que coma uno de esos pedazos recibe en su cuerpo a Dios mismo.

¡Todo eso es espantoso! De cualquier modo que se explique la persona de Cristo, su enseñanza que destruye el mal del mundo, tan sencillamente, tal fácilmente, tan indiscutiblemente, da el bien a los hombres con tal de que éstos no la perviertan. Toda esa enseñanza está oculta, transformada en hechicerías groseras de baños, unciones, movimientos de cuerpo, encantamientos, degluciones de pedazos de pan, tan bien que nada queda de aquella enseñanza, y si alguien trata de recordar a los hombres que toda esa hechicería, todas esas oraciones, todas esas misas, todos esos cirios, todas esas imágenes no tienen ninguna relación con la enseñanza de Cristo, que éste ordena tan solo a los hombres que se amen unos a otros, que no devuelvan mal por mal, que no juzguen, que no inciten a su semejante, todos los que se aprovechan de la mentira estallan en protestas indignadas, y, con una audacia increíble, proclaman públicamente en sus ejercicios, imprimen en sus libros, sus periódicos, sus catecismos, que Cristo jamás ha prohibido el juramento, que jamás ha prohibido el asesinato (ejecuciones capitales, guerras) y que la doctrina de la no resistencia al mal es una invención, una estratagema sa-

tánica de los enemigos de Cristo.⁴

Lo más terrible es que los hombres, a los que les conviene, no engañan únicamente, sino que, como pueden, engañan también a los niños, a los mismos niños, a los niños que, según Cristo ha dicho, el que quiera engañarlos será maldito. Es horrible que por servir a sus mezquinos intereses esos hombres hagan tan espantoso mal ocultando a sus semejantes la verdad revelada por Cristo, no obstante, dar un bien mil veces más precioso que el precio de su triste labor. Proceden como el bandido que mata a una familia de cinco o seis personas para robar un abrigo viejo y cuarenta *kopeks*. Las víctimas le hubieran dado muy a gusto todos sus vestidos y el dinero que tuvieran para que no les matase. Pero es que a él, le era imposible proceder de otro modo.

Lo mismo ocurre con los impostores en materia religiosa. Nosotros les aseguraríamos beneficios diez veces más considerables, un lujo más magnífico si quisieran renunciar únicamente a perder los hombres con sus mentiras. Pero es que no les es posible proceder de otro modo. Esto es lo realmente terrible. Por eso, no solamente es posible, si que preciso revelar sus mentiras. Si existe algo sagrado, no son seguramente sus pretendidos sacramentos, sino precisamente esa obligación de revelar su impostura religiosa, desde el momento en que nos hemos dado cuenta de ella.

Si un *tchuwache*, azota a su idolo o lo llena de crema agria, puedo ver su acto con indiferencia, y sin que se me ocurra censurar sus creencias, porque obra en nombre de supersticiones que me son extrañas, y porque no atenta a lo que yo considero como sagrado. Pero cuando los hombres practican sortilegios y profesan groseras supersticiones en nombre del mismo Dios por

quien vivo, y de esa doctrina de Cristo que me ha dado la vida, y puede darla a todos los hombres, no puedo verlo con tranquilidad. Y ni su gran número, ni la antigüedad de su superstición, ni su poder, conseguirían hacer callar mi indignación.

Dando a sus actos el verdadero nombre, hago lo que debo hacer, lo que no puedo dejar de hacer si creo en Dios y en la enseñanza de Cristo. Si llaman sacrilegio a la revelación de su mentira, eso únicamente prueba la fuerza de su engaño, y debe animar a los que creen en Dios y en la enseñanza de Cristo, para redoblar sus esfuerzos y demostrar ese engaño que oculta a los hombres el verdadero Dios.

Debieran decir de Cristo que arrojó del templo los bueyes, las ovejas y a los mercaderes, que fue también sacrilegio. Si volviese hoy y viera lo que se hace en su nombre, en su Iglesia, no dejaría, con mayor y más legítima cólera, de arrojar estandartes, banderas, cruces, copas, cirios, imágenes, todos los instrumentos de sortilegio, todo lo que les ayuda a extraviar a los hombres de Dios y de su enseñanza.

He aquí lo que de injusto o justo existe en el derecho del Sinodo que me concierne. En efecto, no creo en lo que ellos dicen que creen; pero creo en muchas cosas de las cuales quisieran ellos persuadir a los hombres.

He aquí en lo que creo:

Creo en Dios al cual comprendo como el Espíritu, el Amor, el Principio de todo. Creo que él está en mí, como yo estoy en él. Creo que la voluntad de Dios no ha sido nunca más claramente expresada que en la doctrina del hombre Cristo; pero no se puede considerar a Cristo como Dios ni dirigirle oraciones, sin cometer, según mi opinión, el más grande de los sacrilegios. Creo que el verdadero bien del hombre consiste en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y su voluntad es que los hombres se amen y procedan siempre con los otros, como desearían que los otros procediesen con ellos, lo cual es, dice *El*

⁴ Discurso de Ambrosio, arzobispo de Kharkoff.

Evangelio, toda la ley de los profetas. Creo que el sentido de la vida, para cada uno de nosotros, es el acrecimiento del amor en él. Creo que ese acrecimiento del amor nos vale, en esta vida, una dicha que aumenta diariamente, y en el otro mundo, una felicidad tanto más perfecta cuanto que ya habremos aprendido a amar antes; creo, además, que ese acrecimiento del amor contribuirá, más que ninguna otra fuerza, a fundar en la Tierra el reino de Dios, es decir, a reemplazar la organización de la vida en que la división, la mentira y la violencia son todopoderosas, por un nuevo orden en que reinaran la concordia, la verdad, la fraternidad. Creo que para hacer progresos en el amor, sólo existe un medio: la oración. No la oración pública en los templos que Cristo formalmente ha reprobado (Mateo VI, 5-13), sino la oración de la cual él mismo nos ha dado el ejemplo, la oración solitaria que consiste en restablecer y reafirmar en sí la conciencia del sentido de nuestra vida y el sentimiento de que nosotros dependemos de la voluntad de Dios.

Es posible que mis creencias ofendan, aflijan o escandalicen a unos o a otros; es posible que molesten o disgusten, no puedo cambiarlas como no podría cambiar mi cuerpo. Tendré que morir (y eso no ha de tardar), y por eso no puedo creer otra cosa, que en la que creo en la hora en que me preparo a volver a Dios, del cual he salido. No creo que mi fe haya sido la única, irrefutablemente, verdadera en todos los tiempos, pero no veo otra cosa más sencilla, más clara, y que mejor responda a las exigencias de mi espíritu y de mi corazón.

Si de repente se resuelve otra, que fuese más apta a satisfacerme, la adoptaría en seguida, porque lo que sólo importa a Dios, es la verdad.

En cuanto a volver a las doctrinas de que me he emancipado a costa de tantos sufrimientos, no puedo, como el pájaro que ha salido del huevo, no puede ya volver a la cáscara.

«El que empieza por amor al cristianismo, más que a la verdad, no tardará en amar a su secta o Iglesia, más que al cristianismo, y acabará por amar a su propia persona (su reposo), más que a todo, en el mundo», —decía Collridge—. Yo he caminado por la vía contraria. He comenzado por amar a la Iglesia ortodoxa, más que a mi reposo: después, he amado al cristianismo, más que a todo el mundo. Pero, hasta el presente, la verdad se halla confundida para mí, con el cristianismo tal como lo comprendo. Confieso, pues, ese cristianismo. Y en la medida que le profeso, vivo tranquilo y alegremente, y así me aproximo a la muerte.

Moskou, 4 de abril de 1901.

ÍNDICE

Presentación	5
Nota a esta edición	7
Tostol, profeta de una nueva era	9
El poder. La insumisión	21
La seducción social	41
La liberación de la seducción nacional	43
No matarás	45
Respuesta a mi excomunión	53

CUADERNOS LIBERTARIOS

84-86864-12-7

La Insumisión y otros textos.

Leon Tolstoi.

84-87169-13-9

Nada más realista que el anarquismo.

Francisco Carrasquer.

84-87169-15-5

Anarquismo.

José Peirats Valls.

84-87169-14-7

Breve historia de la C.N.T.

José Peirats Valls.

84-87169-16-3

La responsabilidad del proletariado ante la guerra.

Rudolf Rocker.

84-87169-17-1

Ecología Libertaria.

Murray Boockhin.

84-87169-39-2

El anarquismo y los problemas contemporáneos.

Murray Boockhin, Noam Chomsky, Colin Ward, John P. Clark, Angel J. Cappelletti.

84-87169-40-6

La caída de la Casa Lenin.

Antonio López Campillo.

84-87169-19-8

La pretendida destrucción del Estado.

José Peirats Valls.

84-87169-20-1

La gran revolución.

P. Kropotkin.

84-86864-09-7

De la impostura política.

William Godwin.

84-86864-10-0

El Estado y su papel histórico.

P. Kropotkin.

84-87169-52-X

Anarquismo, libertad y poder.

William O. Reichert.

84-87169-55-4

La Escuela de la Anarquía.

Joséfa Martín Luengo «Colectivo Paideia».

84-86864-13-5

Práctica del Socialismo Libertario.

Gastón Leval. Traducción y notas de Antonio Colomer V.

